

«DE SENECTUTE»

Está en un cuento, pero no es un cuento. ¡El escalofrío que a un lector de periódicos atrasados le entra con una noticia así!: "Ayer mañana, en la Puerta del Sol, sufrió un síncope el transeúnte Abilio Villada Redondo, de 51 años de edad, natural de Grijota (Palencia), sin que nada pudiera hacerse para salvar la vida del infortunado anciano". Primero, una desazón que desde el documento de identidad nos recorre el cuerpo. Pero en seguida una sonrisa de suficiencia, hasta de orgullo, confortados en la seguridad de un tiempo cada, vez más benigno con la duración del hombre. Alabada sea la Estadística.

- "Si quieres ser viejo mucho tiempo, hazte luego viejo".

-¡Ni hablar! -con el permiso de Cicerón que inventó la frase, hay que ver qué bonita y redonda.

No conozco fanáticos en esto de apuntarse pronto a la vejez. Sólo después, cuando ya se está dentro de la cofradía, suele mostrársele una obstinada querencia. Y una creciente repugnancia a "abandonar"

Hoy las ciencias nos prorrogan que es una barbaridad. Por esto, y en una elemental economía, nos tiene importancia el asunto. Con sólo ver la titulación de estas palabras volanderas -pido perdón por su latín-, recordaréis artículos, comentarios, confidencias sobre lo mismo. Y es que niños ya no volveremos a ser, pero a la vejez tenemos puesta, por lo menos, la candidatura. Y no aludo a meras especulaciones filosóficas o literarias sobre la senectud elogiada, ya manifiestas en ingenios viejos de veintitantos siglos, sino preocupaciones de un orden la mar de práctico: ¿Qué conviene hacer con los longevos "contumaces"? Y lo que es igual, viniendo a la primera persona, ¿qué gallo nos va a cantar a nosotros mismos en ese tramo largo que nos espera, si es que Dios no manda otra cosa"?

En el periódico de la mañana -qué casualidad- leo algo que quiere responderme: "Hay que dejar morir a los ancianos de 80 años". -¡Hombre, no! -dice el abuelo Pepe, que está remojando las sopillas de pan en el café con leche.

Bueno, lo que "ha exclamado el "abuelo Pepe no es exactamente eso, sólo que así queda más decente. Yo mismo pienso que para echar en letras de molde tan drástico veredicto hace falta tener la tinta -digo la sangre- muy negra. Luego afinó mi lectura y caigo en que la propuesta, se ha hecho en la Gran Bretaña. Doy un suspiro de alivio. Estos ingleses son incorregibles en lo del humor. Sin contar con que ellos lo que hacen, en la realidad, es traer sus ancianos a Málaga.

Lo que queremos para nuestros viejos, que es como decir para nosotros mismos, resulta fácil de exponer, y mejor si se me deja matutear unos versos disfrazados, puesto que a endecasílabo descubierto son de mal recibo en los periódicos:

"Convoco a los poetas concejales, reclamo apasionados arquitectos que proyecten polígonos de espera sin callejones donde habite el miedo, plazas de sol con bancos verdeclaros, periódicos abiertos por el jersey azul de las muchachas y alacenas oliendo a ropa blanca con mezcla de membrillo y limonero... ¡Que se hayan previsto las palomas y la solicitud de los carteros!" Felizmente no andan lejos de por ahí los del oficio. Para cuando los mayores no puedan estar con los suyos -que es lo justo y lo hermoso-, ya nadie se atreve a proponer techos altos, salas asépticas que bastaría limpias, pasillos larguísimos que parecen conducir a lo que no debe mentarse. Y con ser mucho, no lo es todo la arquitectura. Ni su complemento, la decoración. Ni los sillones más confortables y mullidos. Ahora se cae en la cuenta de que si hay que hacer una residencia -para quienes lo quieran o lo necesiten-, no basta echar dinero encima; que el hombre, para seguir viviendo, reclama el contorno de "sus cosas". En la ciudad donde escribo -que es como decir donde voy para viejo- van a tener una de sus primeras casas los mutualistas del trabajo. Y al gran hogar no se llegará sino por la suma de pequeños hogares donde "las cosas" sigan alentando a su dueño. En torno a los espacios comunes de la convivencia habrá como pequeñas viviendas que sus propios habitantes podrán enriquecer -a voluntad- con los barros humildes y queridos de la cocina aquella, el lecho ya heredado en su tiempo, la camilla con el brasero amigo. Lo que un hombre necesita, en fin, para seguir siéndolo de veras, no supernumerario de los demás hombres.

¡Ah!, y sobre todo, que a los viejos no se les recuerde demasiado que lo son. Porque este sí que es un problema gordo. ¡Cuando una muchacha mona se levanta para ceder su asiento a tal caballero! Tengo a la vista un periódico del entrañable Portugal. Allí el tren aplica a los mayores la misma rebaja que a las criaturas, exactamente el cincuenta por ciento. Basta sacar la tarjeta de identidad y demostrar que se han cumplido los 65 años. Yo tengo algún amigo a quien ya le alcanza el privilegio, pero que por nada del mundo, estoy seguro, se acercaría a una taquilla para pedir "billete de anciano". Y menos si andaba cerca alguna señora de buen ver. Quizá por esto los portugueses, melindrosos, como allá se dice, titulan el anuncio ferroviario: "Bilhetes para pessoas de idade"

Antonio PEREIRA